

## ESTRATOS IBERICOS DEBAJO DE VILLAS ROMANAS DE LA COSTA CATALANA

P O R

J. DE C. SERRA-RÁFOLS



A primera vista nada más lógico que debajo de las villas romanas aparezcan estratos con restos que se clasifican claramente en la llamada cultura ibérica. Pero los investigadores que han seguido el curso del estudio de la distribución del poblamiento en la zona de la costa catalana, comprenderán el interés de recoger todas las noticias que nos hablen de este hecho, al referirse a puntos en que las condiciones topográficas son absolutamente distintas de aquellas que habitualmente se atribuyen a los lugares de habitación ibéricos de la región.

En efecto, por causas todavía no bien determinadas (nosotros diríamos absolutamente inciertas, ante la inconsistencia de las hipótesis emitidas), la población que en la época hallstática aparece establecida preferentemente en las zonas llanas, en lugares que no ofrecen defensas naturales y sin que se haya comprobado que las hubiese artificiales, se traslada a lo alto de las colinas, que ofrecen una mayor seguridad natural, que además se comprueba que ahora en muchos casos es reforzada por medios artificiales. Nace entonces la larga serie de «poblados ibéricos», que en la zona de la costa, de Empúries a Tarragona, se cuentan por docenas, unos pocos, bien estudiados, como el ya famoso de Ullastret<sup>1</sup>, otros que, sin serlo tanto, también han sido objeto de serios estudios y excavaciones, como el de la Torre dels Encanats, en término de Arenys de Mar, el de Burriac en término de Cabrera de Mataró, o el de Puig Castellar, en término de Santa Coloma de Gramanet (el «decano» de estos lugares de habitación pre-romanos), en tanto que la gran mayoría sólo han sido se-

1 Discrepamos en absoluto de la hipótesis que pretende que Ullastret sea una ciudad griega, teoría que parecen sustentar algunos colegas. Pero no es éste el lugar para discutirla y sólo lo aprovechamos para manifestar nuestra discrepancia con tal punto de vista.

ñalados por medio de visitas más o menos detenidas, o todo lo más por ligeras prospecciones.

Dentro de lo que sabemos por aquellas excavaciones y estas prospecciones y visitas, en un gran número de estos poblados se interrumpe la vida en un momento siempre difícil de precisar, pero sin que en muchos de ellos se haya observado la presencia de restos que delaten su permanencia cuando se había extendido y afianzado en nuestras comarcas la civilización romana. Falta en ellos especialmente la «terra sigillata», de cualquier género que sea, tan abundante a partir de la época imperial. En otros, el citado de Burriac es un buen ejemplo de ellos, perdura la vida durante gran parte de la época romana.

Como ha sido dicho tantas veces, contemporáneamente a la despoblación de la zona montañosa, nacen núcleos habitados que informan la época romana, por un lado núcleos urbanos, del tipo de Iluro, Baetulo o Barcino, que han de merecer la mención de los autores clásicos, por otro las numerosísimas *villae* rurales, en las que creemos se integró la mayor parte de la población. Estos cambios obedecen indudablemente más que a otra cosa a causas económicas: las mejores condiciones de vida en las zonas llanas y agrícolamente más productivas. Pero tales razones económicas sólo podían prevalecer a la sombra de la *pax romana*, ya que el anterior estado de inseguridad era el que aconsejaba establecer las moradas en puntos apropiados para la defensa (inseguridad provocada no por grandes guerras, sino por luchas de vecino a vecino, por rivalidades tribales y de poblado a poblado). Como se impuso la *pax romana* es bastante conocido, y si tenemos la mención concreta de la debelación de murallas de castros ibéricos, ésta debió afectar a un número reducido de *oppida*, aquellos que se hubiesen distinguido por su resistencia o estuviesen situados en lugares particularmente estratégicos. Los demás, la mayoría debieron dejar arruinar sus defensas al irse despoblando lentamente, al compás de la estabilización y desarrollo de los cambios económicos apuntados.

En los centros urbanos, especialmente en Iluro (Mataró) y Baetulo (Badalona), se ha comprobado la presencia en algún punto de restos de la cultura indígena ibérica, sobre la naturaleza y cronología de los cuales no puede todavía especularse mucho, por ser muy reducida el área observada en Mataró<sup>2</sup> y ser prácticamente inéditas las observaciones efectuadas en Badalona.

2 M. Ribas i Bertran, *Les excavacions de la Plaça Xica i de la plaça del Beal Salvador*, MVSEV, vol. I, 1948, pp. 45-49. Dice: «La primera fase correspon a l'època de la fundació, amb les parets més fondes, dels edificis que foren habitats pels mateixos íbers que estaven instal·lats en les muntanyes veïnes. En aquest nivell s'ha trobat campaniana; uns fragments de grega de vernís roig i negre i ceràmica ibèrica feta al torn, idèntica a la dels poblats».

Ahora bien, ¿pasa lo mismo en las *villae* romanas? No nos referimos a aquellas situadas en las vertientes de las montañas o en las comarcas del interior en las que, como en el Vallés, existen apenas verdaderas planicies, sino a las que ocupan en la estrecha llanura costera situaciones esencialmente contrarias a las propias del antiguo poblamiento ibérico.

Cuando en 1946, formando parte del plan de trabajos de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, procedimos a localizar los mosaicos descubiertos en 1901 en la villa romana de Ocata (término del Masnou), para estudiarlos y, si su estado de conservación lo aconsejaba, trasladarlos al Museo de Arqueología de Barcelona, una vez realizada esta última operación con uno de ellos (el que forma ahora el bellissimo pavimento de la Sala XVIII del citado Museo), consideramos necesario explorar el subsuelo puesto al descubierto al levantar el piso musivo, y pudimos observar existía una capa formada por trozos de ánfora y tégula, puestos en forma que resultaba indudable tenían por objeto nivelar el suelo para colocar posteriormente el mosaico. Pero debajo, en el ángulo este, al seguir excavando, descubrimos a 0,40 m. de profundidad, un nivel de tierra oscura en el que abundaban los fragmentos de cerámica ibérica y campaniense. No extendimos la excavación a una área mayor de un metro cuadrado, y no profundizamos hasta la tierra virgen, en espera de realizarlo detenidamente al reanudar los trabajos en años posteriores, cosa que no nos ha sido factible realizar.

Pero en 1952 el culto investigador y buen amigo nuestro en aquella localidad, don Luis Galera Isern, se propuso localizar el segundo de los mosaicos puestos a la luz del día en 1901, cosa que no habíamos efectuado nosotros en 1946, para lo cual realizó una prospección, que entre otras cosas dio por resultado el descubrimiento de unos niveles con restos ibéricos en un todo semejantes a los alumbrados por nosotros. Para apreciar el interés que puedan tener estos restos en cuanto al paso del poblamiento de la época ibérica a la romana en esta región, conviene señalar la situación topográfica de la villa romana de Ocata.

Hoy día el lugar está ya incluido dentro del núcleo urbano de Masnou-Ocata, en la calle de Santiago Rossinyol, y dista de la playa menos de 200 metros, que se salvan en suave declive. En dirección a la montaña el declive va acentuándose paulatinamente, de manera que la «villa» en realidad estaba al pie del repecho junto a la playa y ampliamente abierta a ella. En la antigüedad el lugar estaba más cerca todavía del mar, ya que al hacer las cimentaciones de edificios pró-

ximos se han encontrado a poca profundidad arenas de playa, pero no arenas fósiles, que pudiesen pertenecer a períodos muy lejanos, sino con inclusión en ellas de fragmentos cerámicos hasta la época romana tardía.

Sobre la fecha de la «villa» romana estamos poco informados. En efecto el mosaico que pusimos al descubierto y levantamos, ya había sido visto totalmente en 1901, de manera que no eran testimonios de ningún valor los restos cerámicos encontrados en los niveles superiores a él. El mosaico en sí mismo nos habla, a nuestro juicio, de una fecha correspondiente a mediados del siglo II después de J.C.

Lo reducido del área examinada y lo escaso del volumen de tierras extraídas, no permite hacer deducciones válidas sobre el carácter del yacimiento ibérico, si se trataba de un lugar de habitación con construcciones semejantes a las que encontramos en los poblados montañeses, o de otra naturaleza, pero lo que desde luego puede afirmarse es que el lugar no ofrecía condición defensiva natural alguna, y que quienes fueron a establecerse allí no sentían el más mínimo temor en cuanto a la seguridad de sus bienes y personas.

Esta observación efectuada en Ocata sería de limitado interés si fuese aislada, pero la hemos realizado nuevamente en los trabajos efectuados en otra «villa», situada en el término de Sant Boi de Llobregat. Esta población se encuentra situada en la orilla derecha del Llobregat, por cuyas márgenes se extienden las ricas tierras de labor que son uno de sus actuales elementos de riqueza. La población medieval se asentó en un pequeño altozano, en el que hasta no hace muchos años quedaban escasos restos de su castillo, y en donde es posible haya existido un poblado ibérico; por lo menos esta pequeña colina se presta admirablemente a ello como situación. La iglesia parroquial está en el declive de la colina y junto a ella, aparecen restos de época romana (pavimentos testáceos). En la parte más baja, que queda a unos 150 metros, se han descubierto los restos de una «villa» romana, que parece ha de ser muy extensa. Este descubrimiento lo hizo el historiador de la localidad don Carlos Martí Vilá, que, compulsando viejos escritos, encontró uno de comienzos del siglo pasado en el que se hacía referencia al hallazgo de pavimentos de «rajola de València» (ladrillos vidriados) en la parte baja de la población. La referencia era absurda, ya que tales ladrillos no se han empleado casi nunca en pavimentaciones, pero con gran acierto, dedujo que debía tratarse de mosaicos romanos, que el escribiente del documento, totalmente ignorante en antigüedades, no sabiendo como definirlos, los asimiló, por ser coloreados, con aquellos ladrillos. Efectivamente al efectuarse re-



mociones de tierra en un predio lindante con la carretera de Barcelona a Sant Boi, hacia el lugar indicado en el documento, fue puesto a la luz un mosaico geométrico<sup>3</sup>. Una posterior excavación dio por resultado el descubrimiento de parte de unas termas, a cuyo *tepidarium* corresponde aquél. Lo más probable es que se trate de las termas (bastante extensas) de una importante «villa» romana. También aquí, como en Ocata, los hallazgos realizados por encima de los pavimentos muros carecen de significación, desde el momento en que éstos estaban a la luz del día e nel primer tercio del siglo pasado, y, como lo demuestran los hallazgos de cerámicas modernas, mezcladas desordenadamente con otras antiguas, las tierras que los recubren han sido acarreadas durante este último siglo, a pesar de representar un grosor de cerca de dos metros, potencia explicable por lo bajo del lugar, que se presta a la sedimentación de grandes cantidades de tierra. Tan bajo es que las crecidas del río próximo han debido cubrirlo en más de una ocasión.

Pero aunque el mosaico no ha sido levantado, ya que se quiere conservarlo «in situ», cosa que hace perfectamente posible su satisfactorio estado de conservación (que permite prescindir de la desnaturalizadora operación de levantarlo, consolidarlo y volverlo a colocar en el mismo lugar), aprovechando algunos fallos y excavando una zona vecina sin pavimentar, se ha llegado a capas situadas a nivel inferior al suyo, y en ellas se ha descubierto un horno cerámico, que fue cortado a los dos tercios de su altura por el mosaico citado, y que representa un nivel también romano, pero anterior a las termas descubiertas (en las cuales existen gran número de alteraciones y reconstrucciones, que van desde restauraciones efectuadas groseramente en el mosaico mismo, hasta paredes que pasan por encima de él sin destruirlo). En otro lugar (junto a la terminación en forma de exhedra del *caldarium*) se pudo excavar en profundidad una zona de algunos metros cuadrados de extensión, y fue descubierto por don Ramón Mas un nivel con cerámica ibérica pintada, otra lisa, algún fragmento campaniense, pero además restos de muros de técnica ibérica, en un todo semejantes a los que forman las urbanizaciones de los poblados (de los que existen varios en las colinas que contornean el término de Sant Boi). El espacio excavado es demasiado reducido para poder determinar si tales muros forman un conjunto coherente, pero desde luego penetran por debajo de las cimen-

<sup>3</sup> Véase J. de C. Serra-Ráfols, *San Baudilio de Llobregat*. Comunicación presentada en la «VIII Reunión de la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Barcelona». Informes y Memorias de la Comisión General de Excavaciones Arqueológicas, núm. 32, Madrid, 1956, p. 141.

taciones de las construcciones romanas y no tiene con ellas relación alguna de orientación, técnica constructiva ni nivel. Es evidente que la «villa» fue construida encima de un anterior lugar de habitación ibérico.

Interrumpidos desde hace algunos años estos trabajos (con la esperanza de reanudarlos en cuanto sea posible), nos proporcionan un segundo caso en un todo semejante al de Ocata, y, al conjugarlos, aumenta decididamente su significación. Efectivamente la «villa» romana de Sant Boi y su predecesor lugar de habitación ibérico, sino está, ahora, cerca del mar (en la antigüedad lo estaba mucho más), estaba junto a la desembocadura de un río, en una tierra baja y absolutamente llana, desprovista de todo elemento natural de defensa. Basta decir que los muros ibéricos descubiertos, quedan actualmente a 1,50 metros por debajo del cauce actual del río, el nivel del cual, ciertamente, se ha elevado desde la antigüedad.

Habrà pues que considerar si en la época anterior a la romanización (decimos la romanización, no la conquista militar romana), hubo lugares ibéricos de habitación situados en el llano, sin que su ubicación respondiese a preocupación defensiva alguna, lugares que fueron más tarde sustituidos en su mismo emplazamiento por «villas rústicas» romanas, sin que el desplazamiento de la población desde las aldeas fortificadas situadas en las colinas a estos lugares en el llano, representase, de momento, un cambio cultural acusado por los hallazgos arqueológicos. Convendrá estudiar tales hallazgos, para poder apreciar si su fecha es anterior o posterior al año 200 aproximadamente, que representa el comienzo de la dominación militar romana en la costa de Cataluña. Convendrá también comprobar si el caso se repite en otros lugares situados en idénticas condiciones topográficas que están en estudio, como la gran «villa» de «Can Llauder», en el término de Mataró, conocida desde hace largos decenios, pero cuyo verdadero estudio ha sido iniciado sólo hace pocos meses por nuestro colega don Mariano Ribas.

No pretendemos en esta nota más que llamar la atención sobre estos hechos de gran interés para el estudio de la evolución del poblamiento en nuestra costa.